



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Sonnleitner, Willibald

Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y
multidimensional del voto en México y Centroamérica

Estudios Sociológicos, vol. XXV, núm. 75, septiembre-diciembre, 2007, pp. 813-835

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59825308>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y multidimensional del voto en México y Centroamérica

Willibald Sonnleitner

De la abstención como exclusión, al abstencionismo como estrategia política

¿QUÉ RELACIÓN GUARDA la participación electoral con el desarrollo material y “humano” de una sociedad? ¿Es el abstencionismo una consecuencia de la exclusión, o el resultado de una decisión consciente, una forma de protesta y de resistencia, un recurso adicional de estrategia política? Tradicionalmente, la teoría de la modernización estableció una relación simple y directa entre el desarrollo económico y el desarrollo democrático. Según Seymour M. Lipset (1959), la democracia requería de “precondiciones sociales” favorables, además de valores culturales específicos (Almond y Verba, 1963). Corolario de ello, la abstención electoral tendía a ser explicada como el resultado de una deficiente integración social y política, que impedía el acceso y ejercicio efectivos de la ciudadanía (Lazarsfeld, 1944; Lancelot, 1968; Gaxie, 1978).

No obstante, dicho modelo explicativo está siendo cuestionado por la imponente globalización del sufragio universal, como consecuencia de la llamada “tercera ola de democratizaciones” (Huntington, 1991). Mientras que, a mediados de 1970, se contaban 36 regímenes representativos en el mundo

(Lijphart, 1999), a principios del nuevo milenio su número pasó a más de 120 (Freedom House, 2000). Una metamorfosis de tal magnitud inevitablemente hace fuertes reclamos a las teorías clásicas de la democracia y la participación política. Forjadas en y para contextos socioculturales particulares (las sociedades más prósperas e industrializadas), muchas explicaciones tradicionales han sido desmentidas por la democratización de una multitud de países pobres y “subdesarrollados”, carentes de un legado en materia de pluralismo político. Más sorprendente aún: en las democracias consolidadas la expansión de las clases medias, la elevación de los niveles de instrucción, el envejecimiento demográfico y el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información coincidieron, frecuente y paradójicamente, con un incremento de la abstención, en lugar de contribuir a disminuirla como lo hubieran hecho esperar los modelos clásicos de interpretación (Topf, 1995; Norris, 1999 y 2002).

Como lo demuestran estudios recientes sobre la abstención electoral, ésta no expresa siempre, ni exclusivamente, una deficiente integración sociopolítica, sino que puede relacionarse con una gran diversidad de factores e interpretaciones. Considerado como una muestra de consentimiento y apoyo pasivo por algunos, o como un rechazo y peligro para la democracia por otros, el abstencionismo no es un fenómeno homogéneo ni unidimensional. Como es bien sabido, la participación electoral está condicionada por factores sociológicos “pesados” (edad, género, categoría sociodemográfica, ingreso, patrimonio, religión, etc.), pero también depende de variables geográficas, contextuales, políticas e institucionales (relacionadas con las características del sistema electoral y de la oferta política, con la legibilidad, competitividad e interés que suscita una elección particular, así como con la utilidad percibida y con los costos de ir a sufragar). Hoy en día, ésta adquiere cada vez más un carácter estratégico, racional y deliberado, intermitente y fluctuante (Héran, 1997; Subileau, 1997; Bréchon, 2002; IIDEA, 2002; Nohlen, 2002). No existe, en resumidas cuentas, un tipo único e ideal, sino más bien una multiplicidad de categorías de votantes y abstencionistas, cuya pluralidad de condiciones y predisposiciones, de actitudes, valores y preferencias, se expresa mediante la heterogeneidad sociológica y territorial de sus manifestaciones empíricas.

Apoyándose en una investigación comparativa más amplia sobre las mutaciones del voto y de los procesos democráticos a lo largo de las últimas tres décadas en México y Centroamérica, estas notas metodológicas buscan contribuir al análisis transversal de las relaciones —complejas y a menudo contradictorias— entre las dinámicas geográficas del desarrollo socioeconómico y las de la participación electoral.¹ Para hacerlo, partiremos del interés especí-

¹ Dicha investigación busca desarrollar una geografía electoral comparada de México y

fico de la problemática en nuestra región de estudio, antes de ilustrar las posibilidades concretas de la exploración territorial del voto mediante algunos ejemplos concretos.

Nuevos territorios para la exploración multidimensional de la participación electoral

Como es sabido, las democratizaciones latinoamericanas de los años ochenta son el resultado de la convergencia de procesos endógenos y exógenos, macro- y microsociológicos, que encontrarán condiciones propicias con la crisis de los regímenes nacional-populistas y/o militares, en un contexto internacional muy favorable a la expansión de las elecciones libres y competitivas. Dichos procesos todavía no están consolidados. Después de haber despertado el entusiasmo popular, los resultados limitados de los gobiernos democráticos no tardaron en alimentar las frustraciones de los electores. Este desencanto profundo con la democracia “real” se alimenta de la simultaneidad y de la confusión entre la liberalización política y económica, que se producen en contextos más o menos adversos, y de transiciones múltiples (demográfica, sociocultural, estatal y política).

En Centroamérica, las aperturas políticas están fuertemente marcadas por las guerras internas que se desencadenaron, a raíz de la revolución sandinista de 1979, en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En efecto, la estrategia contrainsurgente impulsada por Estados Unidos de América afecta al conjunto del istmo, incluyendo a Honduras (cuya democratización también se produce en el contexto regional de los conflictos armados) y a Costa Rica (una de las democracias más antiguas de Latinoamérica). En contraste, la alternancia presidencial del año 2000 culmina un largo y pacífico proceso de democratización en México, cuya conclusión es de las más tardías pero cuyo

Centroamérica, y se articula en torno a tres ejes analíticos: 1) la democratización del Estado y sus instituciones, mediante el análisis comparativo de las mutaciones de los procesos electorales, sus significados y sus relaciones con las transformaciones de los sistemas políticos (perspectiva macro e institucional); 2) las modalidades y los efectos de la extensión del sufragio universal sobre la participación y la representación políticas, a través del estudio de los usos y las prácticas del voto en distintos contextos socioculturales (perspectiva antropológica y microsociológica); y 3) la exploración, en diferentes escalas, de las relaciones entre los procesos de democratización y las dinámicas territoriales del desarrollo humano, cuyos desfases ponen en cuestión a las teorías clásicas sobre las “precondiciones socioeconómicas de la democracia”, señaladas desde 1959 por Seymour M. Lipset (perspectiva multidimensional, ecología electoral y cartografía exploratoria del voto).

inicio es de los más precoces de toda la región, particularmente cuando se observa desde la escala local.

Por otra parte, la conquista de elecciones libres, competitivas y democráticas coincide, siempre, con otra profunda y silenciosa revolución, de orden socioeconómico. A raíz de la crisis de la deuda de 1982, todos los países se vieron obligados a realizar reformas estructurales, a reducir drásticamente el gasto público, a privatizar, desregular y abrir sus economías. Este repliegue del Estado de bienestar se traduce en la agravación de la fragmentación social. Así, un informe reciente del PNUD (2004) sobre América Latina identifica un “triángulo” compuesto por la *democracia* —que es la única que ha tenido avances en sus aspectos formales—, la *pobreza* —que más bien se ha agudizado— y la *desigualdad* —que también ha seguido incrementándose, y cuenta hoy entre las más elevadas de todo el mundo—. De ahí el déficit generalizado de legitimidad de los gobernantes y la crisis de la representación política, que se manifiestan a través de un cuestionamiento creciente de las instituciones (Latinobarómetro, 1996-2006; LAPOP, 2004-2007), así como de un abstencionismo que tiende a crecer a nivel latinoamericano.

No obstante, más allá de la sincronización de las democratizaciones, se trata de un conjunto de procesos históricos complejos, heterogéneos y multidimensionales, que tienen dinámicas endógenas y guardan fuertes especificidades, al desarrollarse en sociedades con fuertes desigualdades y desequilibrios internos. Para entender las lógicas más finas de la democratización, resulta entonces indispensable trascender el nivel estrictamente nacional en vistas de explorar sus dinámicas locales, relacionándolas con los *clivajes* (o fracturas) sociodemográficos y geográficos que estructuran los diversos países.

Al respecto, la región de estudio proporciona un campo particularmente fecundo para el análisis. Como lo ha subrayado Ralph Lee Woodward (1976), Centroamérica es una “nación dividida en varios Estados”, cuya fragmentación extrema contrasta con la unión de su gran vecino del Norte. Por haber sido administrados conjuntamente durante la época colonial, por haber integrado una efímera confederación (1823-1838) y por haber compartido desde entonces una situación geopolítica común, los países del istmo centroamericano se caracterizan por una fuerte interdependencia económica y política, así como por una subordinación compartida frente a las potencias europeas y norteamericana. Dicha interdependencia se acentúa con los conflictos armados de la década de 1980, cuyos efectos contribuirán a reactivar una identidad centroamericana y el proyecto inconcluso de integración económica subregional. México, por el contrario, es un Estado “multicultural” que confedera 32 entidades, y se caracteriza por una marcada diversidad étnica (en 2000 se

censaron 84 grupos étnico-lingüísticos), así como por la existencia de otras identidades específicas en muchos de los estados que conforman la Federación. Con sus 106 millones de habitantes y sus 1.97 millones de kilómetros cuadrados, este coloso posee una superficie cuatro veces más grande y una población tres veces más numerosa que el conjunto de América central.

Se trata, pues, de un mosaico de unidades demográficas, socioeconómicas y políticas que proporciona un verdadero laboratorio para el análisis comparativo y exploratorio de la participación electoral en todos los *niveles* y *escalas* imaginables. Conviene analizar separadamente estas dos dimensiones complementarias pero distintas, ya que una sola entidad federada (de nivel sub-nacional) en México puede contar con más recursos que un Estado centroamericano. Ello obliga a cuestionar la pertinencia y el significado de una comparación “inter-nacional” entre países como Nicaragua y México, a abrir la posibilidad de comparar estados federados mexicanos como Chiapas con estados centroamericanos como Guatemala, y a centrar la atención sobre *la cuestión y los efectos de la escala analítica*, que se encuentran en el centro de esta reflexión.

El potencial de la exploración territorial del voto

El potencial del enfoque metodológico adoptado reside en su capacidad de incrementar la profundidad del análisis, al enriquecerlo con perspectivas territoriales de los procesos políticos, mediante la multiplicación de las escalas y unidades de observación. Así, en lugar de limitarse a estudiar las tendencias macrosociológicas en el nivel nacional, la geografía electoral permite indagar en las dinámicas específicas de las 37 entidades, de los 378 distritos, departamentos o provincias, de los 3 947 municipios o cantones, y en ocasiones hasta en las decenas de miles de secciones o juntas receptoras de votos que conforman, hoy en día, los territorios electorales de México y Centroamérica.

La introducción de estos contrastes territoriales proporciona una visión sumamente fina de la política desde el ámbito local, e incita a interesarse en otros factores que condicionan los procesos de democratización, incluyendo entre otras dimensiones: la presencia desigual del Estado y el grado efectivo de integración nacional; la distribución geográfica y la composición sociocultural, religiosa y lingüística de la población; las dinámicas y los desequilibrios territoriales del desarrollo económico; las desigualdades sociales y sus dimensiones espaciales; la acción de redes y organizaciones con diversas estrategias de participación y movilización política; y la existencia de zonas grises que escapan a las dinámicas generales de las sociedades.

La cartografía exploratoria tiene distintas vertientes de aplicación, que ilustraremos mediante ejemplos concretos a continuación:

- 1) Para empezar, ésta puede utilizarse con fines analíticos o pedagógicos, para *describir e ilustrar* la distribución espacial del voto y de la participación electoral. Por elemental que parezca esta primera posibilidad, no resulta menos estimulante y eficiente, en la medida en que permite situar con precisión *dónde y cuándo* ocurre concretamente tal o cual fenómeno sociopolítico.
- 2) Pero la cartografía también puede utilizarse de manera más sistemática para *comparar* las dinámicas territoriales del voto y *relacionarlas* con otros procesos socioculturales. Detrás de esta aproximación “ecológica” se encuentra la siguiente idea: si la distribución geográfica de dos (o más) procesos está fuertemente relacionada entre sí, también es probable que exista un vínculo más profundo y concreto entre ellos. Ésa es la premisa fundamental de la geografía electoral clásica, que busca relacionar el voto con una serie de variables demográficas, económicas y socioculturales, en vistas de formular *hipótesis explicativas* sobre los condicionantes estructurales del voto.
- 3) Finalmente, cabe destacar una tercera manera de utilizar la cartografía, ya no solamente para corroborar la pertinencia de hipótesis formuladas de manera externa e independiente, sino para *explorar* las dimensiones espaciales del voto con miras a *descubrir sus territorios y fronteras*, variables en función de las distintas escalas de observación y perceptibles únicamente mediante el análisis espacial. Ésa es, en nuestra opinión, la perspectiva más estimulante y renovadora de la geografía electoral.

De ahí la posibilidad de experimentar con nuevos indicadores de carácter territorial. En efecto, la cartografía exploratoria permite combinar los métodos tradicionales de las estadísticas² con las herramientas propias del análisis espacial (Bussi, 1998; Le Bras, 2002).³ Aplicados al estudio del voto, dichos métodos permiten visualizar las dinámicas geográficas de la participación electoral, así como la configuración y el arraigo territorial de las distintas fuerzas políticas; medir con precisión la concentración, estructu-

² Indicadores de posición, dispersión, frecuencia y concentración; análisis bi-variables (tablas de contingencia, ajustes lineales y análisis de varianza); análisis multifactoriales (análisis tridimensionales, en componentes principales, de correspondencias múltiples, de clasificación jerárquica, etcétera).

³ Índices de especialización, homogeneidad o fragmentación territorial; correlaciones espaciales; efectos de proximidad, notabilidad, difusión, contagio y transmisión espacial, etcétera.

ración, fragmentación o dispersión espacial de los distintos electorados, y su evolución en el tiempo; evaluar si la política se está “regionalizando” o “nacionalizando” (es decir, diferenciando u homogeneizando); y explorar eventuales efectos de vecindad y notabilidad, de proximidad, contagio, difusión y convergencia espacial.

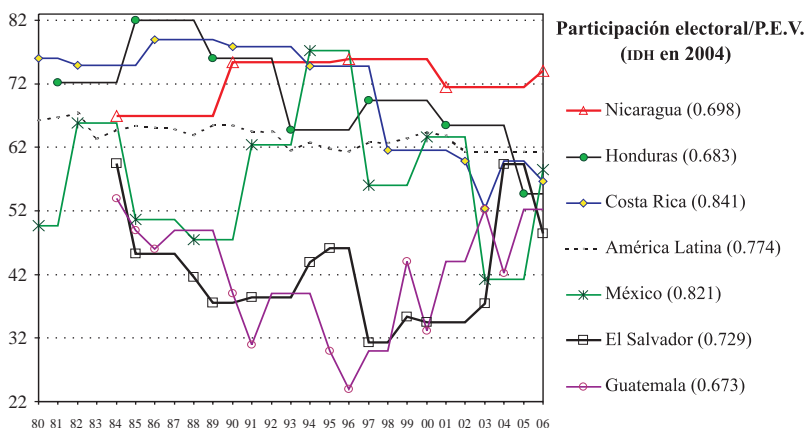
Analizando las dinámicas regionales de la participación electoral

¿Cómo se relaciona, entonces, el desarrollo socioeconómico con la participación electoral en México y Centroamérica? Para empezar, la exploración territorial de la participación invita a cuestionar los modelos explicativos tradicionales. Si bien el subdesarrollo y las desigualdades dificultan indudablemente el acceso efectivo de todos los ciudadanos a los derechos económicos y sociales, éstos no determinan mecánicamente las dinámicas de la participación electoral, cuyas fuertes variaciones y fluctuaciones plantean toda una agenda para la investigación. Como se observa claramente en la Gráfica 1, las tendencias nacionales del abstencionismo son volátiles, y no recubren los niveles de desarrollo socioeconómico. A pesar de caracterizarse por índices de desarrollo humano (IDH) muy bajos, Nicaragua y Honduras tienen una participación sorprendentemente elevada, frecuentemente superior a sus vecinos más prósperos como Costa Rica y México, así como al promedio latinoamericano. En cambio, El Salvador y Guatemala, cuyo desarrollo humano es similar o superior, se caracterizan por tasas excepcionalmente moderadas de participación, entre las más bajas de todo el continente americano (véase Gráfica 1).

Curiosamente, a pesar de ser uno de los países más pobres de la región y de haber sido azotado por una violenta guerra civil, Nicaragua presenta una fuerte y constante movilización ciudadana. De la misma manera, Honduras se caracteriza por una sorprendente participación, que solamente se ha deteriorado recientemente, durante las últimas elecciones generales de 2005. En contraste, las fuertes tasas de participación registradas al inicio y al final del periodo observado en Guatemala y en El Salvador ilustran que, ni la pobreza ni la violencia política constituyen obstáculos inexorables para ir a votar. En ambos países, se parte de un nivel relativamente elevado de participación en las elecciones “transicionales” de 1984 y 1985, en las que resultan electos los primeros presidentes civiles. Luego, la participación muestra un acentuado declive hasta mediados de los noventa, incrementándose puntualmente en las presidenciales salvadoreñas de 1994 y recuperándose posteriormente en las presidenciales de 2003 (primera vuelta) en Guatemala, y de 2004 en El Sal-

Gráfica 1

Evolución de la participación electoral sobre población en edad de votar*



* Para construir las tendencias nacionales de esta gráfica, se reportan las tasas de participación registradas en cada elección presidencial durante todo el mandato, hasta la elección consecutiva. En los casos de Guatemala y Costa Rica, las segundas vueltas presidenciales se señalan únicamente en el primer año consecutivo. Para México y El Salvador, también se integran los comicios legislativos intermedios. Los resultados electorales provienen, en parte, de las bases constituidas por IIDEA (2002) y Payne *et al.* (2003), y fueron cotejados y actualizados con los datos obtenidos directamente de los organismos electorales centroamericanos. Los datos para Guatemala entre 1984 y 1995 nos fueron proporcionados por Lehoucq y Wall (2001), a quienes agradecemos. Los promedios nacionales del IDH provienen directamente del PNUD (2004), para el año 2004.

vador. Lo que más llama la atención es la constante diferenciación entre las primeras vueltas de los comicios presidenciales, que tienden a movilizar a un mayor número de ciudadanos, y las segundas vueltas guatemaltecas y las legislativas intermedias salvadoreñas y mexicanas, en las que el abstencionismo tiende a incrementarse (véase Gráfica 1).

Ello permite formular la hipótesis siguiente: cuando las elecciones tienen un significado concreto e importante para los ciudadanos, y cuando aquellas presentan un alto grado de competitividad e incertidumbre democráticas, éstos bien pueden abandonar su supuesta apatía para movilizarse fuertemente hacia las urnas. Siguiendo la misma premisa, puede suponerse que las fuertes variaciones de la participación en México guardan una relación similar con la percepción ciudadana de la utilidad del voto, del grado de competitividad y de los efectos esperados de los comicios. De entrada, se registra una

diferenciación análoga entre las elecciones presidenciales sexenales, que movilizan casi siempre un mayor número de ciudadanos, y las legislativas intermedias trianuales. Asimismo, se observan variaciones impresionantes entre los comicios presidenciales de 1988 (que algunos calificaron de fraudulentos) y los de 1994 (que suscitaron un entusiasmo cívico generalizado al marcar una ruptura simbólica con las elecciones semicompetitivas del pasado).

Finalmente, cabe destacar un curioso fenómeno de convergencia a nivel regional: los últimos comicios presidenciales en Guatemala (primera vuelta en 2003), El Salvador (primera vuelta en 2004) y México (2006) movilizaron a una proporción muy similar de ciudadanos en edad de votar, a las presidenciales de 2002 (segunda vuelta) y de 2006 en Costa Rica y de 2005 en Honduras, como consecuencia del fuerte incremento reciente del abstencionismo en estos dos últimos países. En pocas palabras, el análisis de la participación electoral en el nivel nacional no permite sacar conclusiones contundentes sobre sus relaciones empíricas con el desarrollo humano. Asimismo, dichos promedios ocultan dinámicas territoriales fuertemente diferenciadas, que merecen ser relacionadas con los clivajes socioeconómicos que estructuran los países considerados. ¿Qué se observa entonces a nivel local, en la escala de los 3 947 municipios/cantones que conforman la región de estudio?

La relación de la participación electoral con el desarrollo económico, social y “humano”

De manera general, tampoco es posible establecer una relación simple en este nivel de análisis, debido a la existencia de importantes divergencias nacionales. Como lo ilustran los siguientes mapas, en algunos países se observa una correlación significativa y positiva entre la distribución territorial de la participación electoral y la del desarrollo humano, pero dicha relación desaparece en otros casos, cuando no adquiere un significado inverso y paradójico (véanse Mapas 1 y 2).

Para empezar, las dinámicas locales de la participación obedecen a patrones geográficos relativamente estables en Costa Rica, Nicaragua y México, que permiten distinguir micro-regiones clara y constantemente diferenciadas en términos de movilización ciudadana y de desarrollo humano. Pese a la profunda crisis política que atraviesa la democracia más antigua del istmo, las estructuras territoriales de la participación siguen siendo sorprendentemente constantes en Costa Rica. Dicha estabilidad geográfica contrasta con la creciente volatilidad de los comportamientos electorales individuales, producto del declive y la fragmentación de los dos principales partidos que gobernaron

el país desde los ochenta (Liberación Nacional y Unidad Social Cristiana).⁴ Asimismo, las dinámicas espaciales de la participación se relacionan fuerte y positivamente con las del desarrollo humano, recubriendo los grandes clivajes socioeconómicos y oponiendo el área metropolitana y los cantones más prósperos de las provincias centrales de San José, Alajuela, Heredia y Cartago, a los cantones más periféricos de Guanacaste, Limón y Puntarenas, con mayores grados de marginación y tasas superiores de abstencionismo.

De la misma manera, la participación electoral está estructurada territorialmente en Nicaragua, donde coincide globalmente con la geografía municipal del desarrollo humano, reproduciendo el clivaje entre las zonas más participativas, ricas y urbanas de Managua, Granada, León y Estelí, y la llamada frontera agrícola, con altas tasas de pobreza y abstencionismo. En términos generales, las variaciones de la participación parecen afectar, esencialmente, a los partidos y coaliciones anti-sandinistas, mientras que el FSLN cuenta con un electorado extraordinariamente estable y estructurado territorialmente (Baldizón y Sonnleitner, 2006). Asimismo, la correlación entre el desarrollo humano y el comportamiento electoral ha cambiado de sentido y significado. Si bien es cierto que, en 1984, el sandinismo tuvo mayor éxito en las zonas rurales y marginadas, dicho patrón se revirtió en 1990, fecha a partir de la cual movilizó más votantes en los municipios desarrollados. A su vez, las fuerzas anti-sandinistas (liberales y conservadoras) se concentraron hasta 1990 en las zonas más desarrolladas, pero desde 1996 las coaliciones liberales se han ido concentrando cada vez más en las regiones marginadas. Finalmente, las rupturas internas del Frente Sandinista y del Partido Liberal Constitucionalista (PLC) en 2006 acentuaron dicha estructuración territorial: tanto los disidentes del Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) como los de la Alianza Liberal Nicaragüense (ALN) de Eduardo Montealegre concentraron sus resultados en las zonas más desarrolladas del país, exacerbando el carácter rural del PLC y debilitando el carácter urbano del voto sandinista, que sigue relacionándose positivamente con el desarrollo humano.

A su vez, el abstencionismo en México obedece a claros patrones territoriales, que se han ido estructurando cada vez más a lo largo de los noventa, particularmente en las elecciones presidenciales. Con las notables excepciones de las legislativas intermedias de 1991 y 2003, las dinámicas municipales de la participación también recubren los clivajes terri-

⁴ Para una interpretación más amplia de la situación actual de Costa Rica, véanse los trabajos de Seligson (2001), Lehoucq (2005) y Raventós *et al.* (2005). Mediante un análisis de encuestas y de los registros de votantes, este último trabajo también subraya la creciente volatilidad y heterogeneidad del abstencionismo a nivel individual, fenómeno que contrasta con la estabilidad territorial de la participación en la escala cantonal.

toriales del desarrollo humano, siendo especialmente marcados en 1994 ($r = 0.423$).⁵ Se distinguen, así, las regiones más participativas y desarrolladas de la costa norteña del Pacífico (Sonora, Baja California Sur y Sinaloa), del Bajío (Jalisco, Colima, Aguascalientes, Guanajuato, San Luis Potosí y Nuevo León), del área metropolitana y de la franja urbanizada de la costa del Caribe (Veracruz, Tabasco, Campeche y Yucatán). Éstas contrastan con las zonas más rezagadas del sureste y del centro (Michoacán, Guerrero, Puebla, Oaxaca y Chiapas), así como con las regiones rurales de algunas entidades norteñas (Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas), que concentran igualmente mayores tasas de abstencionistas (Mapas 1 y 2). Sin embargo, dicha relación es imperfecta. Tiene un carácter particularmente marcado en ciertas zonas, pero también conoce excepciones muy notables: por ejemplo, en los polos turísticos de Cancún, Acapulco y Puerto Vallarta, así como en las ciudades maquiladoras de la frontera Norte (Tijuana, Mexicali, Nogales y Juárez), cuyo alto desarrollo depende de fuertes flujos migratorios que inhiben probablemente la participación electoral.

En cambio, las relaciones son menos claras en El Salvador y en Guatemala. En el primero, las dinámicas espaciales de la participación también están estructuradas en la escala municipal, sobre todo entre las generales de 1994 y las legislativas de 1997, así como entre las legislativas intermedias de 2000 y 2003. Sin embargo, durante las presidenciales de 2004 el impresionante repunte de la participación rompe con el patrón geográfico preexistente, indicando una movilización ciudadana con características inusuales. Pero sobre todo, cabe subrayar que no se observa una relación consistente entre dicha variable y el grado de desarrollo humano, ni entre ésta y el nivel de urbanización. Si bien es cierto que en las presidenciales de 1994, 1999 y 2004 se registran correlaciones positivas entre la primera y las dos últimas variables, dichas correlaciones desaparecen o se invierten en las elecciones legislativas intermedias de 1997, 2000, 2003 y 2006. Asimismo, los efectos políticos de la participación resultan problemáticos de interpretar. Mientras que, a nivel nacional, sus fluctuaciones tienden a afectar, principalmente, al partido ARENA, en la escala municipal se registra una relación positiva con el voto del FMLN, que se vuelve no significativa (o en ocasiones hasta negativa) con el voto de ARENA (Garibay y Sonnleitner, 2006). En otras palabras, se observan patrones territoriales de participación fuertemente diferenciados

⁵ La “r” corresponde al índice de correlación Pearson, y permite medir la intensidad de la relación estadística entre dos variables, mediante una regresión lineal. Se sitúa, siempre, entre -1 y +1, donde 0 indica la ausencia de correlación, y +/-1 una covariación exacta —en sentido positivo o negativo— entre las variables.

entre los comicios presidenciales y legislativos. En los primeros, las dinámicas locales de la movilización recubren efectivamente los clivajes geográficos del desarrollo humano. En los segundos, las correlaciones son mucho más débiles y cambian de signo, cuando no son simplemente insignificativas.

Algo similar se produce en Guatemala, donde tampoco se verifica una relación consistente entre el desarrollo humano y la movilización ciudadana. En un extenso análisis empírico de las variables explicativas de la participación en las elecciones de 1985, 1990 y 1995, Lehoucq y Wall (2001) subrayan la incidencia estadística de diversos factores espaciales (tamaño y rango administrativo de municipios, número de votantes por mesa), político-institucionales (magnitud distrital, número efectivo de partidos, competitividad) y sociológicos (proporción de mujeres empadronadas, alfabetas e indígenas), así como el escaso impacto del desarrollo económico y del clivaje urbano-rural. Este último fenómeno también se sigue registrando en los comicios posteriores, en las legislativas y en las primeras vueltas de las presidenciales de 1999 y 2003. No obstante, en las *segundas vueltas* de dichas presidenciales sí aparecen correlaciones positivas con el desarrollo humano ($r = +0.491$ en 1999 y $r = +0.402$ en 2003), en contiendas que movilizan siempre a una parte sensiblemente inferior de la ciudadanía. Ello se relaciona probablemente con el fenómeno ya señalado por Lehoucq y Wall para los comicios anteriores: como resultado de la reducción de contendientes entre ambas vueltas, los recursos también disminuyen y tienden a concentrarse en los principales centros urbanos, confiriéndole un perfil más “desarrollado” a los votantes en las segundas vueltas.

En otras palabras, en estos dos países centroamericanos los clivajes socioeconómicos solamente “se activan” en ciertas coyunturas políticas (elecciones presidenciales en el Salvador, segundas vueltas presidenciales en Guatemala), diluyéndose o desapareciendo en otras circunstancias (durante las legislativas intermedias en El Salvador, y como efecto de la movilización de votantes más “volátiles” y dispersos en las primeras vueltas en Guatemala).

Finalmente, el caso de Honduras parece desafiar abiertamente la teoría de la modernización. Tanto en la escala de los 18 departamentos como en la de los 298 municipios que conforman el país, también existe una fuerte correlación entre el nivel de desarrollo y la participación electoral. No obstante, dicha relación estadística tiene un signo... ¡negativo! En otras palabras, son las regiones con *mayor rezago socioeconómico* las que parecen *participar más* en las contiendas electorales. ¿Significa ello que el subdesarrollo propicia la integración política, y que los sectores más prósperos y educados participan en menor grado en el juego electoral?

Una exploración de las fronteras y los territorios de la participación electoral en Honduras

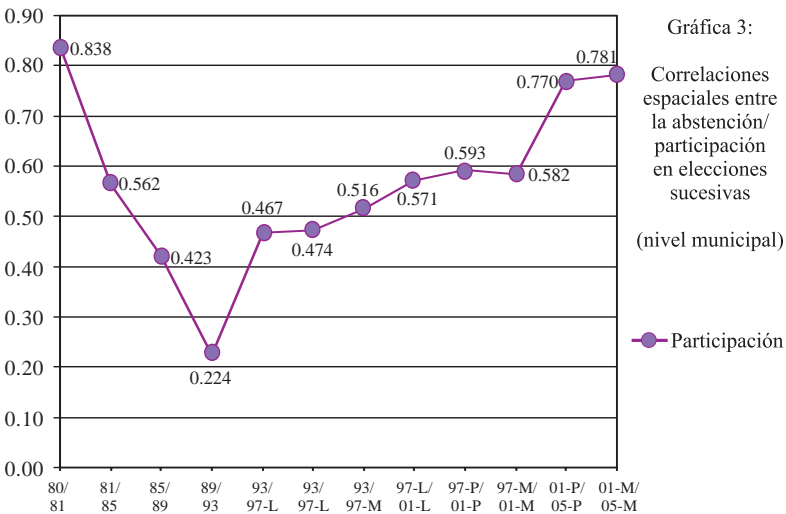
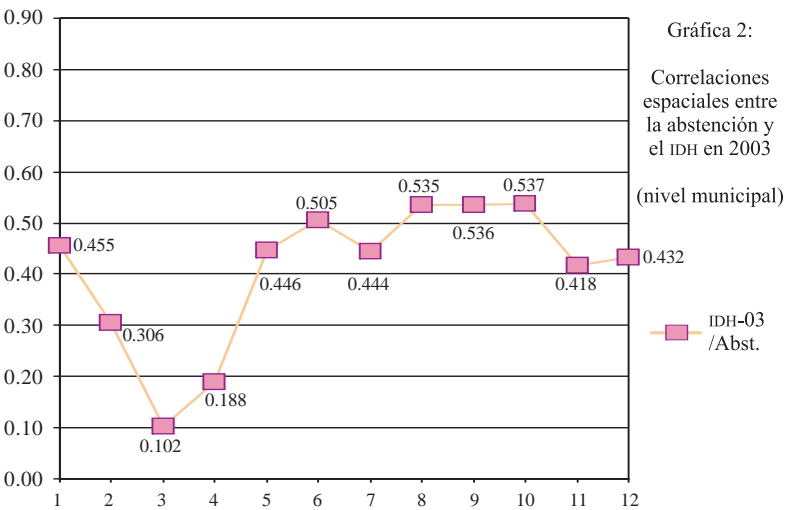
El estudio sistemático de las dimensiones territoriales del IDH y del abstencionismo en Honduras, que retomamos de un análisis más amplio realizado en cooperación con Álvaro Cáliz (Cáliz y Sonnleitner, 2006), nos permitirá profundizar en esta aparente paradoja, proporcionando de paso una aplicación concreta de exploración territorial del voto. Para empezar, la paradoja hondureña no es un fenómeno constante en el tiempo. Al analizar su evolución desde 1980, confirmamos que la correlación entre el subdesarrollo y la participación electoral es particularmente fuerte en 1981, así como entre 1997 y 2005 (es decir, al inicio y en la segunda mitad del periodo democrático), mientras que disminuye fuertemente en 1985 y 1993, para desaparecer prácticamente en 1989 (véase Gráfica 2). Ello se debe a los cambios sucesivos que se observan en las dinámicas espaciales de la participación electoral, particularmente entre 1989 y 1993, cuando se modifica su patrón territorial. Sin embargo, a partir de 1997 la geografía de la movilización ciudadana vuelve a estructurarse, y con ella la curiosa correlación entre el desarrollo y el abstencionismo se reafirma nuevamente (véase Gráfica 3).

Por otra parte, recordemos que el IDH está compuesto por varias dimensiones, que pueden ser observadas separadamente para detectar cuáles tienen una relación significativa con la participación electoral. En este caso, la desnutrición, el alfabetismo y la educación son las dimensiones más explicativas del IDH. Y son, también, las que mayor relación guardan con la distribución geográfica de la participación electoral, estructurada en forma de un trapecio conformado por las ciudades de Tegucigalpa, San Pedro Sula, La Ceiba y Catacamas. En contraste, la matrícula escolar pero, sobre todo, el ingreso, muestran índices que, aunque estadísticamente significativos, son sensiblemente inferiores y menos explicativos. En otras palabras, no son tanto los municipios “más pobres”, sino más bien los municipios con mayores tasas de desnutrición, analfabetismo y rezago escolar los que votan más (véase Cuadro 1). Ello permite introducir un segundo matiz en la interpretación del fenómeno estudiado.

Pero sobre todo, cabe destacar que la correlación negativa entre el IDH y la participación electoral no se verifica en el conjunto del territorio hondureño. El siguiente mapa sintético (Mapa 3), construido mediante un análisis bifactorial de clasificación jerárquica, permite distinguir cinco tipos de municipios con situaciones distintas. En gris oscuro, visualizamos así un primer grupo de 40 municipios con un alto grado de marginación (0.44 de IDH en promedio) y con tasas muy elevadas de participación electoral (81.6% en pro-

Gráficas 2 y 3

Evolución de correlaciones Pearson entre elecciones sucesivas
(abstención e IDH) en Honduras



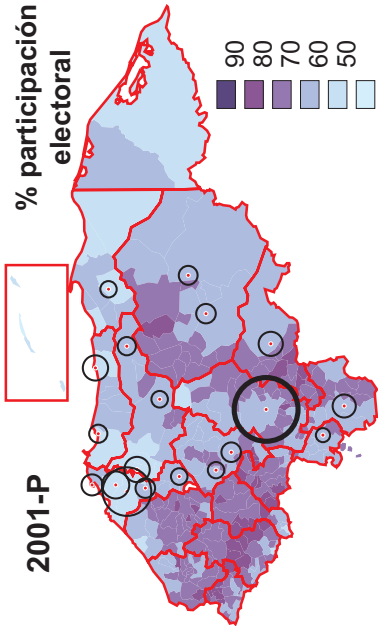
medio). Dicha relación también se verifica, aunque con menor intensidad, en un segundo grupo de 126 municipios subdesarrollados (0.55) y participacionistas (73%), en gris claro. A ellos cabe agregar un tercer grupo de 60 municipios (vetas inclinadas) con mayores índices de desarrollo (0.69) y con bajas tasas de participación (61.6%), verificándose así la paradoja hondureña en 226 de los 298 municipios del país.

Sin embargo, también existen dos otras categorías de municipios, en los que dicha relación tiende a invertirse. En los 54 municipios en blanco, se verifican así altos índices de desarrollo humano (0.66) con elevadas tasas de participación electoral (75.4%), mientras que en 18 municipios más (vetas verticales), el mayor grado de subdesarrollo (0.57) se relaciona con una mayor tasa de abstencionismo (59.1%). Como se observa en el Mapa 3, la distribución geográfica de estas cinco categorías de municipios dista mucho de ser aleatoria, revelando fronteras y dinámicas territoriales consistentes que merecen ser estudiadas con más profundidad. En efecto, tampoco es una mera coincidencia que los 40 municipios “marginados y participacionistas” se caractericen por una significativa y constante sobre-representación del Partido Nacional, mientras que el Partido Liberal cuenta con una sobre-representación inicialmente fuerte pero decreciente en los 60 municipios urbanos con un “desarrollo abstencionista”, en los que la participación electoral no ha dejado de disminuir desde 1980 con respecto al promedio nacional (Cálix y Sonnleitner, 2006).

En resumidas cuentas, son efectivamente los municipios hondureños con mayor nivel de desnutrición, analfabetismo y rezago escolar los que acuden más a votar. En contraste, los centros urbanos más desarrollados se caracterizan por un mayor y creciente grado de abstencionismo. Se observa así un marcado clivaje (o fractura) entre el Suroeste pobre y participacionista del país, y la franja urbana con mayor dinamismo económico —pero también con mayor desmovilización electoral—. No obstante, también cabe destacar que la paradoja hondureña no se verifica en todas las elecciones, ni en el conjunto del territorio nacional. Finalmente, el fenómeno debe ser tomado con cautela, ya que los datos sobre el abstencionismo pueden ser distorsionados por los fuertes flujos de migración: en ocasiones el censo electoral aún reporta como vecinos de una localidad a personas que se han desplazado a otras zonas, o al exterior del país. De ahí la necesidad de seguir indagando en su interpretación, afinándola mediante un análisis cuidadoso de las correlaciones, de los residuos y de sus significados cualitativos y concretos.

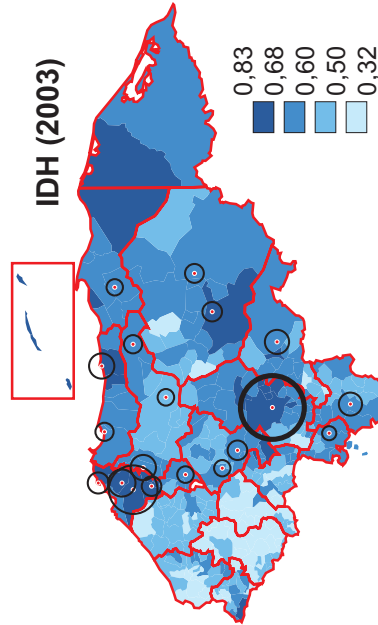
Mapa 4

Honduras: participación electoral



Mapa 5

Honduras: Índice de Desarrollo Humano (IDH)



Elementos para la reflexión (a modo de conclusión)

En resumidas cuentas, hay que evitar la trampa de considerar la modernización política como un mero sub-producto de la modernización económica. Como lo ilustran las relaciones empíricas entre el desarrollo humano y la participación electoral en México y Centroamérica, se observa una gran diversidad de situaciones y tendencias, con relaciones variadas y en ocasiones contradictorias. De ahí el interés de la exploración territorial y multidimensional, comparativa y transversal de las mutaciones recientes de la participación electoral.

En efecto, el voto no es solamente una *decisión individual, ideológica y racional*; es, también, una *práctica social, colectiva y territorializada*, que está condicionada por factores sociodemográficos e identitarios, y se inserta dentro de numerosas redes de interdependencia y proximidad. Por ello, la geografía constituye una variable fundamental del comportamiento electoral. La cartografía nos proporciona un poderoso instrumento, una especie de telescopio que permite explorar sus territorios y fronteras, al multiplicar las unidades y los niveles de observación. Ello exige una reflexión metodológica sobre el espacio y los efectos de la escala analítica. Invita a utilizar herramientas de la geografía, la sociología, la antropología y las ciencias políticas, para estudiar las maneras en las que se articulan los distintos ámbitos de poder, micro- y macrosociológico, individual y colectivo, local y nacional, inter- e intrarregional.

Este enfoque puede enriquecer la interpretación del voto en los territorios conquistados recientemente por el sufragio universal. Como bien lo señalaban, hace tres décadas, autores pioneros del análisis de las elecciones en contextos autoritarios, totalitarios y semi-competitivos, tasas elevadas de participación no revelan siempre ni necesariamente el apoyo y consentimiento efectivos de los ciudadanos. Por el contrario, cuando los procesos carecen de opciones, o se desarrollan bajo el control y la coerción de gobernantes en búsqueda de legitimidad, la abstención bien puede transformarse en una forma de protesta, en una manifestación de inconformidad (Hermet, Rouquié y Linz, 1982 [1978]). Dichas distorsiones no solamente se observan en regímenes con características autoritarias o totalitarias; tampoco han sido superadas totalmente en otros sistemas otrora pseudo-competitivos y “excluyentistas”, que han transitado últimamente hacia situaciones más democráticas.

En una investigación reciente sobre la participación electoral en México desde 1961, Silvia Gómez Tagle subraya precisamente la calidad y el significado cambiantes del registro y de la movilización ciudadana. Paulatinamente, ésta deja de ser una mera muestra de la capacidad de movilización del régimen, para transformarse en un indicador cada vez más consistente de la

democratización de la sociedad.⁶ Curiosamente, dichas manifestaciones contradictorias de la participación pueden coincidir y coexistir en un mismo periodo en regiones o en entidades distintas de la República Mexicana, en la medida en la que la transición no es un proceso homogéneo, y ha resultado ser mucho más precoz en el norte, en el Bajío y en el centro, que en el sureste mexicano. Para evitar que dichas dinámicas se compensen mutuamente al ser agregadas a nivel nacional, es indispensable adoptar un enfoque multidimensional que permita modular las escalas de análisis, explorando los territorios e integrando las fronteras del voto.

Evidentemente, dicho enfoque no se limita al estudio de la participación electoral. Puede desarrollarse para cualquier proceso demográfico, económico y sociocultural, y ser relacionado con cualquier fenómeno político: trátese, ya sea del arraigo territorial de un partido específico o de las dinámicas de estructuración/fragmentación geográfica de la oferta política en general; de la volatilidad, de los reportes y de los “cruces” de votos entre elecciones sucesivas o paralelas; o de las lógicas espaciales de irregularidades e inconsistencias electorales; para citar solamente tres posibles campos de aplicación. Todo ello configura una rica agenda para la investigación de los procesos de democratización, y de sus mutaciones actuales en México y Centroamérica.

Recibido y revisado: julio, 2007

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/México, D.F./C.P.
10740/México/correo electrónico: wsonnleitner@colmex.mx

Bibliografía

- Almond, Gabriel y Sidney Verba (1963), *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Baldizón, Abelardo y Willibald Sonnleitner (2006), “El legado electoral de la Revolución: Las bases territoriales del voto y del sandinismo en Nicaragua”, en Sonnleitner (2006:30-41).
- Bréchon, Pierre (2002), “Comprendre les logiques de l’abstention”, *Revue Politique et Parlementaire*, núm. 1020-1021, pp. 83-93.

⁶ Agradecemos a la autora el haber compartido con nosotros los resultados de su interesante investigación, que están siendo preparados actualmente para su publicación (Gómez Tagle, en preparación). Estos hallazgos se citan con su autorización.

- Bussi, Michel (1998), *Éléments de géographie électorale à travers l'exemple de la France de l'Ouest*, Rouen, Publications de l'Université de Rouen (núm. 240).
- Cálix, Álvaro y Willibald Sonnleitner (2006), "La paradoja hondureña: ¿Por qué los marginados votan tanto en Honduras?", en Sonnleitner (2006:20-29).
- Freedom House (2000), *Democracy's Century*, Nueva York, Freedom House (www.freedomhouse.org).
- Garibay, David y Willibald Sonnleitner (2006), "La geografía del poder político en El Salvador. El voto revolucionario del FMLN y los castillos de Arena", en Sonnleitner (2006:42-53).
- Gaxie, Daniel (1978), *Le cens caché. Inégalités culturelles et ségrégation politique*, París, Seuil.
- Gómez Tagle, Silvia (en preparación), *Geografía de la participación electoral en México: 1961-2006, informe de investigación*, México, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, 17 de mayo de 2006, en preparación.
- Héran, François (1997), "Les intermittences du vote: un bilan de la participation de 1995 à 1997", *INSEE Première*, 546, septiembre.
- Hermet, Guy, Alain Rouquié y Juan Linz (1982) [1978], *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Huntington, Samuel P. (1991), *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.
- IIDEA (International Institute for Democracy and Electoral Assistance) (2002), *Voter Turnout since 1945: A Global Report*, Estocolmo, IIDEA.
- Lancelot, Alain (1968), *L'abstentionnisme électoral en France*, París, Colin.
- Latinobarómetro (1996-2006), *Opinión pública latinoamericana, 1996-2006*, Santiago de Chile.
- LAPOP (Latin American Public Opinion Project) (2004-2007), *Barómetro de las Américas*, www.lapopsurveys.org
- Lazarsfeld, Paul *et al.* (1944), *The people's Choice*, Nueva York, Columbia University Press.
- Le Bras, Hervé (2002), *Une Autre France*, París, Odile Jacob.
- Lehoucq, Fabrice (2005), "Trouble in the Tropics: Two-Party System Collapse and Institutional Shortcomings in Costa Rica", *Journal of Democracy*, vol. 16, núm. 3, julio, pp. "Costa Rica: Paradise in Doubt", *Journal of Democracy*, vol. 16, núm. 3, julio, pp. 140-154.
- Lehoucq, Fabrice y David L. Wall (2001), "¿La explicación es institucional o sociológica? Tasas de participación electoral en democracias nuevas", en Edelberto Torres-Rivas *et al.*, *Construyendo la democracia electoral en Guatemala*, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 105-151.
- Lijphart, Arendt (1999), *Patterns of Democracy: Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries*, New Haven, Yale University Press.
- Lipset, Seymour Martin (1959), "Some social requisites of democracy", *American Political Science Review*, vol. 53, núm. 1, marzo, pp. 69-105.
- Nohlen, Dieter (2002), "Political Participation in New and Old Democracies", en IIDEA (2002:13-19).

- Norris, Pippa (2002), *Democratic Phoenix: Reinventing Political Activism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (ed.) (1999), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Payne, Mark, Daniel Zovatto, Fernando Carrillo Florez y Andrés Allamand Zavala (2003), *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*, Washington, DC, Banco Interamericano de Desarrollo/Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2004), *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, PNUD/Alfaguara.
- Raventós Vorst, Ciska *et al.* (2005), *Abstencionistas en Costa Rica. ¿Quiénes son y por qué no votan?*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, IIDH/CAPEL, TSE.
- Seligson, Mitchell (2001), “¿Problemas en el paraíso? La erosión en el apoyo al sistema político y la centroamericanización de Costa Rica 1978-1999”, en Jorge Rovira Mas (ed.), *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*, San José, Ed. de la Universidad de Costa Rica/Friedrich Ebert Stiftung, pp. 87-120.
- Sonnleitner, Willibald (coord.) (2006), *Explorando los territorios del voto: Hacia un atlas electoral de Centroamérica*, Guatemala, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto de Altos Estudios de América Latina/Banco Interamericano de Desarrollo.
- Subileau, Françoise (1997), “L’abstentionnisme: Apolitisme ou stratégie?”, en Nonna Mayer (coord.), *Les modèles explicatifs du vote*, París, L’Harmattan, pp. 245-267.
- Topf, Richard (1995), “Electoral Participation”, en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.), *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press, pp. 27-51.
- Woodward, Ralph Lee (1976), *Central America: A Nation Divided*, Nueva York, Oxford University Press.